

EULALIO FERRER Y LOS HIJOS DEL EXILIO.

Jesús Gutiérrez Morlote, de la Fundación Bruno Alonso

21 de noviembre de 2009

Buenos días, señoras y señores.

Poco nuevo podría añadir a la historia de Eulalio Ferrer, de sobra conocida por todos ustedes desde la cercanía a quien, como él, nacido en la calle Cisneros, no dejó de estar presente en Santander, al menos en los últimos treinta años, como generoso mecenas de la cultura y como socorredor de tantas necesidades.

“Guardar el dinero para saborear su aroma, embriaga y atrofia el olfato. ... Antes de padecer una indigestión de bienes, prefiero compartirlos”, afirmaba en un bellissimo artículo que tituló “El placer de compartir”.

No les hablaré, por tanto, ni del campo de concentración de Argèles Sur Mer, ni de la adquisición -por trueque- de El Quijote en una edición de Calleja, ni del batallón de trabajos forzados (y su protector, Tino Díez Laguera, invitado lustros más tarde a Chez Maxim's y que se jubiló como criador de ostras en Francia), ni de su viaje de 41 días en el Cuba, ni de Tata Nacho y la bohemia mexicana, ni del “El Flaco” (Agustín Lara), María Félix o Mario Moreno “Cantinflas”, ni de su amistad con Octavio Paz, Carlos Fuentes o Gabriel García Márquez, ni de sus negocios de publicista, ni de su museo iconográfico del Quijote en Guanajuato. Todo eso y mucho más lo saben de sobra ustedes.

Para hablar de Eulalio Ferrer y de los hijos del exilio, no puedo esgrimir ni los conocimientos ni la metodología de un historiador. Mi único título, en todo caso, es el de amigo postrero de Eulalio.

El 27 de marzo de 2006, por mi cumpleaños, me escribía en una carta emocionante “... lo primero que afloró fueron los amigos perdidos, una generación completa, seguida de sus nuevos ramales y laberintos, la soledad acentuada, cuanto mayor era el espacio múltiple de las relaciones.

Imposible sustituir a los que me legaron su orfandad. Difícil encontrar a los amigos nuevos en la afinidad de los sentidos y los ideales”.

Eulalio Ferrer llegó a la ciudad de México en julio de 1940, cuando contaba diecinueve años. En 2006, cuando me escribió estas líneas, tenía ya 85 años y había muerto la primera generación del exilio mexicano –la de su padre, Eulalio Ferrer Andrés, y la de Bruno Alonso- y también la mayor parte de la segunda generación, a la que pertenecía el propio Eulalio.

El Ateneo Español, languidecía ya sin españoles exiliados que se reunieran en él para hablar de la II República Española. Precisamente Eulalio Ferrer hubiera querido que se convirtiera en un Museo y Centro de Documentación del Exilio Español. Fue probablemente ese año, 2006, el primero en que no se celebró en México el 14 de abril.

Eulalio ya no tenía con quien hablar de su juventud santanderina ni de los comienzos de su nueva vida mexicana. La generación de sus hijos, nacida en México, a la que luego me referiré, no conocía la historia reciente de España sino a través de los comentarios, muchas veces inconexos, de sus padres. Aquí, en España, tampoco había mucho interés por recordar a los 700.000 españoles que hubieron de exiliarse tras la Guerra Civil, de ellos 20.000 cántabros.

En su casa santanderina, sentados ambos ante el amplio ventanal sobre la bahía, despidiendo el año en una gran terraza sobre la bahía de Acapulco, o en su habitación de un hotel de New York, hemos hablado de todo durante horas y horas. Con paciencia, Eulalio respondía a las preguntas que perseguían contrastar mis lecturas con su realidad y que, sin yo pretenderlo, le servían de improvisado guión para el recuerdo.

Por mi parte se me abría un panorama extraordinario. ¿Se imaginan ustedes poder preguntar por Indalecio Prieto o por Max Aub o por Luis Buñuel o por tantos otros a alguien que los conoció y, en muchos casos, los trató?

Yo tuve esa fortuna gracias a Eulalio Ferrer.

Eulalio era un buen conversador. Seguía la actualidad no solo leyendo varios periódicos, incluidos los que recibía desde México, durante sus

ausencias, vía fax, sino hablando con mucha gente de toda condición y sabiendo escuchar, escuchando pacientemente con una sonrisa amable.

Durante aquellas tardes inolvidables del estío santanderino, nuestras charlas seguían un curso errático. De comentar el aspecto –siempre diferente- que ofrecían las montañas al fondo de la bahía, podíamos pasar a observar la motora de los Prácticos –que regresaba a puerto-, a intentar adivinar la evolución del dólar estadounidense o a recordar el papel de los milicianos de “la motorizada” en la entrega del tesoro del yate Vita a Indalecio Prieto.

Mientras, de una habitación a otra pero sin perder el hilo de la conversación, su maravillosa esposa, Rafaela Bohorques, Rafa para los suyos, matizaba con fina agudeza cuanto decíamos.

La primera vez que le pregunté por Max Aub –“escribo por no olvidar”, un autor que siempre me ha impresionado, tanto por su trabajo como por la inmensa amargura que destila su obra ante el olvido de los españoles, ignorantes de su propia historia reciente-, se oyó la voz de Rafa que me contestaba “sus hijas eran muy simpáticas”. Evidentemente, Max no lo era; Rafa, valenciana de nacimiento, me daba su visión positiva, siempre luminosa y alegre como solo los mediterráneos sienten. Delante de ella nunca hablé de la Guerra Civil, porque su recuerdo la entristecía profundamente.

Eulalio, aquel chavaluco pobre del Santander de la preguerra civil, en el que sólo había ricos y pobres, fue un autodidacta y un superviviente.

Esperantista y naturista, educado en la escuela laica que dirigía su recordado maestro, Don Aurelio Herreros, solo le faltó haber sido masón para integrarse del todo en los movimientos de la vanguardia de la época. Siempre lamentó haber dedicado tanto tiempo a conocer un idioma –el esperanto-, que pretendía ser universal, en vez de estudiar inglés, que le hubiera sido mucho más útil veinte años más tarde. Su profesión de fe naturista le impedía echar a correr cuando comenzaba la lluvia, ni siquiera protegerse de ella; más de una vez llegó a casa calado hasta los huesos, con gran escándalo de su madre.

Quien en su madurez fuera un viajero infatigable, nunca olvidó aquellas excursiones dominicales a La Maruca, con sus padres y sus hermanas; excursiones de tortilla y filete empanado, depredación de quisquillas y algún percebe, y alegres caminatas cargados de aperos, desde la calle Florida.

Leía cuantos libros y periódicos caían en sus manos, preguntaba, escuchaba con atención, aprendía con una sed de conocimientos y una curiosidad que le acompañó hasta el final. Por eso su cultura tenía unas bases asistemáticas que hubo de corregir con mucho esfuerzo cuando, décadas después, se pudo permitir comprar libros y leer.

Por cierto, la biblioteca de su casa de México, miles de volúmenes bellamente encuadernados, permanente y pulcramente ordenados por un bibliotecario, ya está en el Colegio de México -la antigua Casa de España, refugio de intelectuales españoles, que fundara el inolvidable Presidente Lázaro Cárdenas del Río-, junto a los fondos de Daniel Cosío Villegas (quien sugirió al general Cárdenas que trajera a los exiliados españoles), José Gaos, Celestino Herrera Frimont, Carlos Pellicer, Nicolás Pizarro Suárez, Pedro Urbano González de la Calle, Eduardo Villaseñor y Gloria Ruíz de Bravo Ahuja. Precisamente el día 23 se celebrará un homenaje-agradecimiento a Eulalio Ferrer en el Colegio de México, con la participación de la Embajada de España y la asistencia del Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

El joven Eulalio, que hacía de periodista y que muchas veces traía a casa un salario mayor que el de su padre -tipógrafo-, gracias a lo que le pagaban los obreros del puerto por redactar las actas de sus reuniones sindicales, militaba en el partido socialista. Su padre fue uno de los líderes obreros de la época y él mismo lo fue de las juventudes socialistas, precisamente el responsable de Propaganda. Siempre recordó aquel primer mitin en Barruelo de Santullán, siendo niño, en el que intervino junto a Bruno Alonso.

La Guerra Civil marcó su incorporación a las responsabilidades de un adulto, primero como secretario del jefe de milicias -Jesús González Malo- y, ya al final de la contienda, como capitán del ejército republicano. Supuso también una época plena de ideales y de miserias.

El 1 de febrero de 1939, el día que se reunieron las Cortes republicanas por última vez en España, en el castillo de San Fernando de Figueres, una semana antes de su ocupación por las tropas franquistas, el responsable de la guardia que rendía los honores militares era un joven capitán llamado Eulalio Ferrer. En más de una ocasión, sonriente, me recordaba su emoción al ver a aquellos personajes de la política española, a quienes solo conocía por los periódicos, que hasta le devolvían su saludo militar.

Pero también ¡Cuántos líderes desmitificó al constatar su pasividad ante la violencia gratuita o su deshonestidad al garantizarse un exilio desahogado a costa del dinero ajeno!

En medio del heroísmo de un pueblo en armas, defendiendo la legalidad republicana y la libertad, hubo también quien pedía cada día un vale de gasolina para llevar a alta mar, en un bote, a las víctimas de su insania, y los hubo que salieron al exilio con el botín de su rapiña para asegurarse un futuro acomodado.

Héroes y villanos, yo le preguntaba, a riesgo de ser impertinente, por aquellos de quienes había oído hablar tantas veces. Bruno Alonso y su propio padre, Eulalio Ferrer Andrés, entre otros, fueron hasta el final válidas referencias éticas, como socialistas de moral intachable, como políticos incorruptibles, como personas exigentes y consecuentes.

El propio Eulalio Ferrer, a lo largo de su prolongada existencia, en medio de las turbulencias de los negocios de alto nivel, siempre mantuvo una referencia moral, unos principios. No era un ingenuo, evidentemente, conocía las “reglas de juego” de la sociedad de mercado, pero no las interiorizó hasta el punto de llegar a considerar virtud al vicio.

Siempre me ha extrañado que, con tanto homenaje y tanta condecoración con que se ha distinguido merecidamente a Eulalio, en medio de tanto discurso justamente laudatorio, nadie haya destacado –al menos en la medida que creo merecía- que Eulalio Ferrer era un caballero y lo que llamamos una persona buena.

Mi experiencia personal, que seguramente será la de muchos de ustedes que también le trataron, es que Eulalio Ferrer nunca hablaba mal de nadie ni respondía a una ofensa con otra. No solo tenía las maneras finas y el

hablar suave de los mexicanos sino que tenía una elegancia espiritual que le permitía estar al margen y por encima de lo que, genéricamente, llamaba “envidiucas”.

No me resisto a contarles una anécdota, que marcó mis relaciones con Eulalio Ferrer y que, para mí, forma parte del núcleo de su recuerdo.

A poco de llegar a México, Eulalio se dedicaba a captar publicidad para un pequeño periódico –Mercurio- que editaba para la Sociedad Centro Comercial, del gremio de abarrotes (ultramarcos); la publicidad era, precisamente, su beneficio y, para conseguir anunciantes recorría diariamente más de veinte kilómetros caminando, deteniéndose de tienda en tienda. En una de ellas le atendió un empleado, mientras el dueño, un español “de la colonia”, un “indiano”, se hallaba en el altillo de aquel comercio. Preguntó el propietario de qué se trataba y, al enterarse, ordenó que se fuera inmediatamente el “refugiado” o bajaría a echarlo de un puntapié.

Con los años, el comerciante se convirtió en un rico propietario de un grupo de empresas cuya publicidad se había encargado precisamente a Publicidad Ferrer, ya líder del sector en Hispanoamérica. Cuando Eulalio fue admitido en la Academia Mexicana de la Lengua, aquel grupo de empresas le retiró la publicidad. Años más tarde, el propietario de la cadena acudió a un homenaje a Eulalio Ferrer y se sentó en uno de los lugares de la mesa presidencial, sin estar invitado, desplazando a la esposa de un íntimo amigo de Eulalio y autor de todos ustedes conocido. De nada valieron los ruegos de Eulalio quien, ante la posibilidad de un escándalo, hubo de transigir. Nunca recuperó la amistad de sus amigos, ofendidos por aquel “indiano invasor” que cada vez que Ferrer cosechaba un triunfo le agredía.

Pues bien, pasaron varios lustros y un día, estando en un hotel, Eulalio me dijo que tenía que prepararse para acudir a una cena ¡precisamente en homenaje a aquel español que tantas veces le había ofendido! Se lo había pedido la familia de éste. Ante mi extrañeza, Eulalio Ferrer me dijo algo que nunca olvidaré: “Querido Jesús, no es posible vivir con rencor en el corazón”. Todavía me conmueve esta frase, que resume su actitud hidalga ante los semejantes. “El rencor es una enfermedad”, decía Eulalio en una

entrevista periodística que le hicieron en Santander hace poco más de un año.

Este “sucedido” me recuerda que los “indianos”, y yo mismo soy nieto de indiano, fueron en general hostiles al exilio español que llegó a México, aunque más tarde se establecieron lazos de amistad, generalmente en torno al paisanaje. Los indianos, habitualmente de procedencia humilde y escasa formación cultural, conservadores como se suele en el medio rural, veían en los “refugiados” -como les llamaban-, una amenaza a la tranquilidad que precisaban para hacer fortuna en México y volver un día a España con los bolsillos llenos de plata. El día en que el Santo Domingo, con el pasaje transbordado del Cuba, arribó al puerto de Coatzacoalcos, los comercios propiedad de españoles -¿españoles?- cerraron como protesta.

A poco de llegar a México, con diecinueve o veinte años, Eulalio fue con sus amigos a un baile. Sacó a bailar a una linda jovencita y ésta, al rato, le preguntó ¿no será usted un “refugiado”? Eulalio contestó afirmativamente y la chica inmediatamente le abandonó mientras decía “mi mamá no me deja bailar con refugiados”.

La suerte de los transterrados, exiliados, refugiados, como ustedes quieran, tras su llegada a México, la nación más acogedora de América, bajo la presidencia de aquel gran hombre que fue Lázaro Cárdenas del Río -“General de América”, en Santander ya hay una calle que lleva su nombre-, fue diversa, a veces dramáticamente diferente.

Recuerdo, a riesgo de cansarles a ustedes, otra anécdota que puede servir de ejemplo. En el mismo barco en que llegó Eulalio a México, viajaban unos anarquistas que, a poco de llegar, murieron al intentar asaltar la Fábrica Nacional de Vidrio (fabricante de, por ejemplo, los envases de la cerveza Corona que, en España, por eso de no generar confusiones, se llama “Coronita”). Años más tarde otro exiliado anarquista, probablemente compañero de los anteriores, santanderino de la calle Alta, otro hombre bueno, generoso y amabilísimo, ya fallecido, Agustín Centeno Galván, llegó a la presidencia del Grupo DIFA, que incluía esta Fábrica. Por cierto, ese grupo, con más de 50.000 empleados, jamás tuvo un conflicto laboral mientras Centeno -Tinín Centeno- se encargó de las negociaciones con

los trabajadores. Agustín Centeno murió en una intervención cardiaca al día siguiente de que hablase telefónicamente con Eulalio Ferrer, a quien le informé con tiempo de la grave situación.

Los hijos del exilio en México apenas conocen la historia de la II República Española y de la Guerra Civil que obligó a huir a sus padres. Solo retazos, las más de las veces sobre hechos heroicos, cuando no anécdotas fruto de enemistades fraguadas ya en el destierro o consecuencia de la concreta militancia partidaria. Pero ¿Conocen esa misma historia nuestros hijos?

“Tú sabes más que nosotros de la vida de mi padre”, se me quejaban algunos de ellos. Probablemente era verdad. Ciertamente es más fácil aprender cómo se desarrolló la historia reciente de España cuando se conocen los escenarios físicos en que se desarrolló.

Una pregunta obsesiva estuvo siempre presente en la casa de los transterrados, de los exiliados... ¿se ha muerto Franco?

La botella de buen vino o el champán – y lo del champán es repetitivo, parece que entonces no era un artículo de lujo como en España, que consumíamos, como mucho, sidra “achampanada”- el champán en el refrigerador eran muchas veces “un compromiso con los republicanos que ya habían muerto en el exilio, un nexo invisible de lealtad a los que vinieron a México, por accidente o por la caridad de Lázaro, pero que siempre pensaron que mañana volverían”, en palabras de una hija del exilio, de Ana Sara Ferrer.

Siempre pensaron que “mañana volverían”. No solo habían de regresar sino que lo harían pronto, muy pronto. De hecho, para muchos exiliados no merecía la pena deshacer las maletas, buscar la estabilidad, labrarse un futuro en la tierra de acogida.

Creo que esa es una constante del exilio español. Ciertamente el devenir de los acontecimientos internacionales favorecía tal optimismo, especialmente a partir de 1945, con el final de la Segunda Guerra Mundial.

Recuerdo haber escuchado explicaciones semejantes a la familia de Eulalio Ferrer -exiliados de procedencia obrerista con compromiso político-, a la de Odón de Buen -biólogo, fundador del Instituto Español de

Oceanografía y dirigente de la masonería española-, y a la de Jesús Revaque -maestro y fundador del Colegio Madrid, de México-. Hace pocos días, la antropóloga mexicana Rossana Reguillo, hija de español exiliado, repetía una vez más lo mismo.

Y añadía que su padre, un ingeniero mecánico que frecuentaba aquellos cafés llenos de exiliados españoles vociferantes, jugando al dominó, no había entendido la Transición Española. Creo que la primera generación de exiliados, en general, no entendió la Transición. No resulta fácil.

Curiosamente siempre eran las mujeres de la familia, más prácticas, más realistas, quienes sacaban a los exiliados de su ensoñación y les ponían ante la perspectiva de plantearse que, quizá, vivirían muchos años fuera de España que, quizá, serían enterrados lejos de su tierra natal.

“No hagas caso, Eulalio, esto va para largo”, le decía su madre a Ferrer mientras su padre le intentaba convencer de que no aceptase un puesto de jefe de publicidad de una empresa porque el regreso a España era cosa de semanas.

9

A los hijos del exilio, ya integrados en las formas de vivir mexicanas, les extrañaban aquellas reuniones en las que sus padres, en cafés llenos de humo- El Tupinamba (con el general Miaja), El Papagayo (lleno de políticos), El Sorrento, El Campoamor y El Puerto de Cádiz (donde León Felipe y los poetas), y La Parroquia (donde los montañeses)-, proferían a gritos palabrotas malsonantes y juramentos varios, evocando continuamente a un lejano general próximo siempre a morir.

Ellos, los hijos, que habían aprendido el hablar quedo y dulce de los mexicanos, conocían mejor a los generales de la Revolución mexicana que a los dirigentes de la II República española.

La primera generación de exiliados la de, pongamos, Bruno Alonso, que contaba con más de 50 años (muchos años entonces) cuando llegó a México, se conformó con sobrevivir entre esperanzas, con su trabajo y, en ocasiones, la ayuda de organismos de la República.

La segunda generación, la del propio Eulalio Ferrer Rodríguez, hizo un esfuerzo por integrarse en México y se hizo radicalmente mexicana, aceptando incluso la nacionalidad que generosamente se les ofreció.

La siguiente generación ya no tenía que integrarse, eran mexicanos de los pies a la cabeza. Como los sefardíes de Toledo que guardan siglos después las llaves de la que fuera su casa, la tercera generación guarda recuerdos de sus abuelos, que no siempre acierta a encajar en una perspectiva global de lo sucedido en España.

Cuando los hijos del exilio descubrían que en España se recordaba a sus padres y hasta se les rendía homenaje, la primera reacción era de sorpresa. Luego venía un ansia irrefrenable por conocer qué había sucedido, qué poderosa corriente había llevado a México a sus padres.

Pero ya era tarde. Solo unos pocos en España, como seguramente ustedes y yo, recordaban la generosidad de México con los españoles sin tierra. Solo unos pocos en México, como los hijos del exilio, recordaban que hubo una II República Española que envió a sus mejores a descansar allí para siempre.

Muchas gracias.